

dos y donde moría también abrasado Él, Él, mi prisionero, el ser desconocido, el dominador, ¡El Horla!

De pronto el tejado se desplomó entre los muros, y un volcán de llamas encaramóse hasta el cielo.

Por todas las ventanas abiertas veíase la rojiza lumbre del interior, y Él estaba en aquel horno, muerto...

¿Muerto? ¿Es posible?... Su figura impalpable, que los rayos de la luz atraviesan, ¿se destruiría por los medios que nos destruyen?

¿Y si no hubiera muerto...? Acaso la edad, sólo el tiempo, vence al Ser Desconocido y Terrible. ¿De qué le serviría su figura transparente, vaga, espiritual, si hubiera de temer, como nosotros, las desgracias, las heridas, las enfermedades, la destrucción prematura?

¡La destrucción prematura! Es el origen de nuestro espanto. El Horla debe reemplazar al hombre. Después del que puede morir todos los días, á cualquier hora, en cualquier momento, por cualquier accidente, ha venido el que sólo debe morir en su día, cuando llegue al fin de su existencia.

No..., no.. Sin duda no ha muerto..., no habrá muerto... Y en ese caso..., lo más conveniente será que muera yo...

.....



AMOR

TRES PÁGINAS DEL "DIARIO DE UN CAZADOR.,

ACABO de leer en una noticia de un periódico un drama pasional. Un hombre que mató á una mujer, suicidándose luego, lo cual demuestra que la quería. ¿Qué importan él y ella? Sólo me importa su amor: y no porque me enterezca, ni porque me asombre, ni porque me conmueva, ni porque me haga reflexionar; sino porque me trae á la memoria un recuerdo de mi juventud, extraño recuerdo de una cacería en que se me apareció el amor, como se aparecían á los primeros cristianos cruces dibujadas en el cielo.

Nací con todos los instintos y todos los afanes de un hombre primitivo, moderados por los razonamientos y las emociones de la civilización. La caza era mi encanto; las piezas heridas, las plumas ensangrentadas, la sangre en mis manos, me producían un goce sublime.

Hacia el fin del otoño, aquel año hizo mucho frío, y mi primo Karl de Rauville me invitó á cazar patos en las ciénagas, al amanecer.

Mi primo, un mozo que rayaba en los cuarenta, coloradote, muy fuerte y muy barbudo; hidalgo campesino semisalvaje, cariñoso, alegre, con esa gracia natural que hace simpáticos á esos hombres poco inteligentes, habitaba un cortijo en un valle prolongado por donde corría un río. A la derecha y á la izquierda cubríanse las colinas de bosques magníficos, en cuya espesura se guarecía la caza más abundante y diversa de todo el país. Algunas veces allí se mataban águilas; y las aves de paso, las que difícilmente acuden á nuestras campiñas demasiado pobladas, páranse infaliblemente á reposar en aquellos árboles majestuosos, como si conocieran ó reconocieran un rincón de bosque de los tiempos antiguos, conservado para servirles de refugio durante una noche de su viaje.

Cubrían el valle verdes praderas regadas por acequias y divididas por setos vivos; más allá, el río, saliéndose de su cauce, formaba un anchuroso pantano. Ese pantano, el sitio más á propósito para cazar que yo vi en mi vida, era cuidado por mi primo como un parque. A través de los inmensos cañaverales que lo cubrían, vivificándolo, dándole ru-

mores de oleaje, habíanse abierto canales por donde las barcas, de fondo plano, empujadas y dirigidas con pértigas, pasaban silenciosas sobre el agua inmóvil, rozando los juncos, haciendo huir entre las hierbas, rápidamente, á los peces veloces, y obligando á sumergirse á las pollas acuáticas de cabeza negra y puntiaguda, que desaparecían bruscamente.

El agua me atrae como una pasión invencible; admiro el mar, aunque me parece demasiado grande y demasiado revuelto, imposible de poseer; admiro los hermosos ríos que pasan, que huyen, que se van; pero principalmente me agradan los pantanos donde palpita toda la ignorada existencia de las muchedumbres acuáticas. El pantano es un mundo entero aislado en la tierra, otro mundo, con su vida propia, sus habitantes sedentarios, sus viajeros transeuntes, sus voces, sus ruidos, y, sobre todo, su misterio. Nada más turbador, más inquietante, más terrible algunas veces que un terreno pantanoso. ¿Qué significa ese miedo que se cierne sobre las llanuras cubiertas de agua? ¿Son los vagos rumores de los cañaverales, los fuegos fatuos que aparecen y desaparecen en la obscuridad, el profundo silencio de las noches tranquilas, ó bien las brumas densas de forma extraña, desgarrándose al

contacto de los juncos punzantes como blancas mortajas, ó bien el imperceptible chapoteo suave y mortecino más aterrador á veces que los cañonazos y los truenos, lo que asemeja el pantano á una región soñada y temible donde se ocultan secretos inabordables y peligrosos?

No. Se desprende un misterio más profundo, más grave; flota en su neblina densa el misterio mismo de la creación acaso. Porque, ¿no fué en el agua estancada y fangosa, en los vapores desprendidos por las húmedas tierras al calor del sol, donde se removi6, donde vibr6, donde se abrió á la luz el primer germen de la vida?

Llegué por la noche á casa de mi primo. Helaba mucho.

Durante la comida, en el espacioso comedor cuyos aparadores, cuyas paredes, cuyo techo estaban cubiertos de aves disecadas—con las alas tendidas ó con las patas fijas en un travesaño—, gavilanes, buhos, chotacabras, buarillos, torzuelos, buitres, halcones, también mi primo parecía un extraño animal de países fríos, cubierto con un chaquet6n de piel de foca, mientras me refería sus proyectos de caza para aquella misma noche.

Saldríamos mucho antes de amanecer, á las tres y media, para llegar á los puestos al cabo de una

hora. En un paraje conveniente había mandado construir una cabaña con pedazos de hielo, para resguardarnos un poco del viento que sopla terrible por la madrugada, ese viento impregnado en frío que desgarrá las carnes como una sierra, las corta como un cuchillo, las punza como un aguj6n envenenado, las pellizca fieramente como unas tenazas y las quema como el fuego.

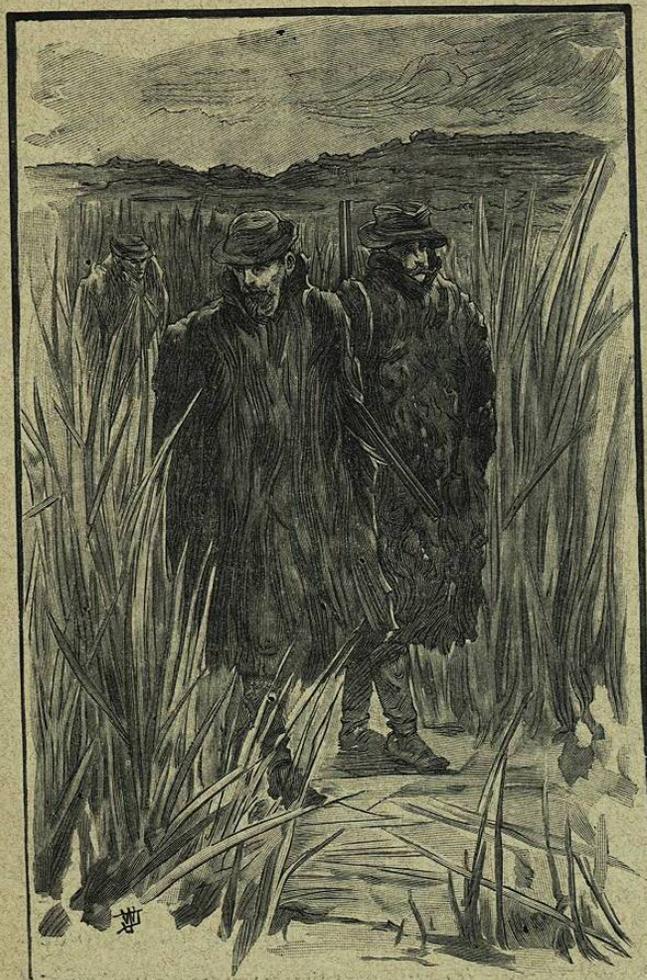
Mi primo se frotaba las manos y decía:

—Nunca he visto una helada semejante; ya estábamos á doce grados bajo cero al anocheecer.

Fuí á echarme un poco después de la comida y me dormí acariciado por los resplandores de la chimenea donde ardían grandes leños.

A las tres me despertaron. Me puse un chaquet6n de piel de cordero y al salir de mi alcoba encontré á mi primo Karl envuelto en un abrigo de piel de oso. Después de haber sorbido cada uno dos tazas de café hirviendo y dos copitas de coñac, nos fuimos, acompañados por un guarda y dos perros: Buzo y Ton.

En cuanto me dió el aire me sentí helado hasta los tuétanos. Era una de esas noches en que la tierra parece muerta de frío. El aire glacial, consistente y palpable, abofeteaba el rostro; ni un soplo de viento lo agitaba; cuajado, inerte, mordía, traspasa-



ba, secaba, mataba los árboles, los arbustos, las hierbas, los insectos; los pájaros caían de las ramas rebotando en el suelo endurecido y endureciéndose al punto, congelándose.

La luna, en su cuarto menguante, encorvada, pálida, parecía desfallecer en el espacio azul, tan débil, que la faltaban fuerzas para proseguir su marcha, quedando sobrecogida también, paralizada por los rigores del frío, esparciendo una claridad pobre y triste sobre la tierra, esa claridad moribunda y descolorida que nos arroja cada mes en las postrimerías de la resurrección.

Avanzábamos juntos Karl y yo, con la espalda encorvada, las manos en los bolsillos y la escopeta bajo el brazo. Nuestras botas, envueltas en tiras de lana para que no resbalasen al andar sobre el río helado, no hacían ningún ruido; el aliento de nuestros perros condensábase como un humo blanco.

Pronto estuvimos á la orilla del pantano, introduciéndonos por una de las calles de cañas que cruzan aquel bosque enano y espeso.

Al rozar nuestros codos con las hojas, largas como cintas, producían un ligero murmullo; sentíme invadido, como nunca, por la emoción poderosa y absorbente que me producen los pantanos. Aquél estaba muerto, muerto de frío, helado hasta

el punto de poder cruzarlo en todas direcciones.

De pronto, al revolver de un camino, vi la cabaña de hielo que habían construido para recogerlos. Entré, y como faltaba todavía una hora para que se despertaran las aves errantes, me arrollé al cuerpo la manta para reaccionarme un poco.

Recostado en el suelo contemplé la luna deformada, que á través de los muros transparentes de aquel refugio polar, se me aparecía con cuatro cuernos.

Pero el frío del pantano helado, el frío de la cabaña de hielo, el frío del ambiente, me traspasó pronto de una manera tan horrible, que me puse á toser.

Mi primo Karl se intranquilizó, temiendo por mí.

—Mira, si no cazamos hoy muchas piezas, las cazaremos otro día; pero lo principal es que no te pongas malo; haremos lumbre.

Y mandó al guarda que arrancase un fajo de cañas secas.

Las amontonaron en el centro de la cabaña y después de agujerear el techo para que saliera el humo, las encendieron; las llamas rojas, reflejándose á lo largo de las paredes cristalinas, las derretían suavemente, como si las piedras de hielo sudaran.

Karl se había quedado fuera y me gritó de pronto:

—¡Sal y verás!

Era un espectáculo que me produjo mucha sorpresa.

Cuando salí, la cabaña tenía el aspecto de un monstruoso diamante rosa que hubiera brotado de repente sobre la helada superficie del pantano. Dentro se veían dos formas fantásticas: nuestros perros, calentándose.

Una gritería extraña, chillona, errante, resonó sobre nuestras cabezas. El fuego había desvelado las aves silvestres. Era emocionante aquel despertar de la vida que no se ve aún y que revolotea en el obscuro espacio velozmente, á lo lejos, antes que aparezca en el horizonte la primera claridad anunciando el día. En aquella hora glacial, me pareció la gritería errante de las aves acuáticas, un suspiro del alma del mundo.

Karl dijo:

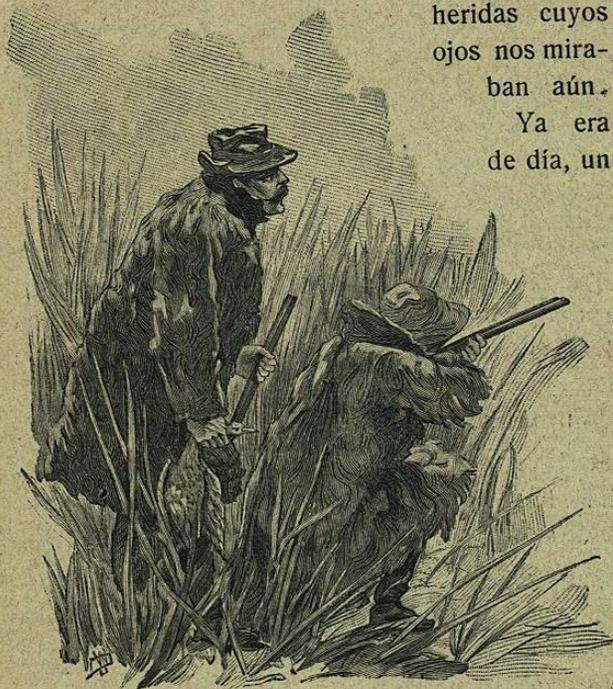
—¡Apagad esa lumbre! Amanece.

Se cubría el cielo de un resplandor lívido, y las bandadas de patos cruzaban por el firmamento como veloces nubes.

Karl disparó; los dos perros corrían olfateando. Y desde aquel momento, de minuto en minuto, unas veces él y otras yo, disparábamos en cuanto

aparecía sobre los cañaverales la sombra de una tribu alada.

Buzo y Ton, fatigados y alegres, nos ofrecían continuamente aves heridas cuyos ojos nos miraban aún. Ya era de día, un



día claro y azul; el sol apareció en los confines del valle, y cuando nos disponíamos á regresar, dos aves, con el cuello erguido y las alas tendidas,

deslizáronse de pronto sobre nuestras cabezas. Disparé; una cayó cerca de mí. Era una cerceta de pechuga plateada. En el espacio, sobre nosotros, resonaron voces, como un lamento breve, repetido y desgarrador. El ave que lo producía revoloteaba en el cielo azul, no queriendo alejarse al ver á su compañera en mis manos.

Karl, hincandola rodilla, con la escopeta bien apoyada en el hombro y el ojo aguzado, apuntaba sin disparar, esperando que se acercase más todavía, y diciéndome:

—Has matado á la hembra y el macho no se irá.

En efecto, no se iba; giraba llorando, con los ojos puestos en su compañera. Ningún gemido arrancado por el sufrimiento me desgarró tanto el corazón como aquel desolado clamor, como la triste angustia del mísero animal solo y errante.

A veces huía sintiéndose amenazado por el cañón de la escopeta que le apuntaba sin cesar; parecía decidido á proseguir su marcha cruzando el espacio, derechamente; pero volvía, no sabiendo cómo proseguir su viaje sin su hembra.

—Déjala en el suelo—me dijo Karl—y se acercará en seguida.

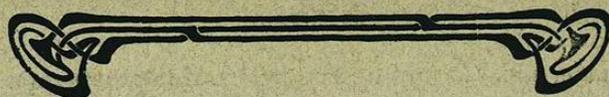
Dejé la hembra en el suelo y el macho se acercó al instante sin miedo al peligro, enloquecido por su

amor hacia la compañera que yo había matado.

Karl disparó; como si hubieran cortado la cuerda que le sostenía suspendido, el pájaro rodó hecho una bola y Ton hizo presa en él.

Ya estaban fríos cuando los colgué juntos en la misma presilla del morral...

Aquella tarde regresé á París.



EL REMANSO

POR golpes y heridas que ocasionaron la muerte, compareció ante la Sala de lo criminal de la Audiencia el señor Leopoldo Renard, tapicero.

Cerca del acusado hallábanse los principales testigos: la señora Flameche, viuda de la víctima, y los llamados Luis Ladureau, ebanista, y Juan Durdent, fontanero. Junto al acusado estaba su esposa, con vestido negro, flacucha y fea, con el aspecto de una mona vestida de mujer.

Leopoldo Renard refirió lo sucedido en estas palabras:

«—Fué una desgracia en la cual yo soy acaso la mayor víctima y del todo inocente. Basta para probarlo decir cómo pasó. Soy un hombre honrado, prudente, laborioso; hace diez y seis años que trabajo en mi oficio de tapicero en la misma calle; todos los vecinos me conocen, me consideran y esti-